

EL ESCENARIO PSICOLÓGICO Y POLÍTICO DE LA PANDEMIA DEL COVID-19 EN PARAGUAY

JOSÉ E. GARCÍA
Universidad Católica, Asunción, Paraguay
joseemiliogarcia@hotmail.com

Resumen

La pandemia del COVID-19 constituye uno de los desafíos más importantes a la salud pública surgidos en las últimas décadas. Sus efectos en las diferentes sociedades abarcaron tanto los procesos de la política interna como la vida cotidiana. Los escenarios creados por el virus incidieron fuertemente sobre la conducta pública de los dirigentes gubernamentales y los hábitos individuales de las personas. En este artículo se estudia el contexto político y psicológico generado por la pandemia del COVID-19 en Paraguay. Se describen las características sociopolíticas del país, enfatizando la relación de la pandemia con el comportamiento de los líderes sociales y los ciudadanos. El enfoque corresponde a un análisis teórico sustentado en fuentes primarias y secundarias pertinentes al tema estudiado.

Palabras clave: Paraguay; COVID-19; Pandemia y política; Pandemia y comportamiento; Psicología política.

Recibido: 17 de julio de 2021
Aceptado: 8 de noviembre de 2021
Publicado: 10 de diciembre de 2021



THE PSYCHOLOGICAL AND POLITICAL STAGE OF THE COVID-19 PANDEMIC IN PARAGUAY

JOSÉ E. GARCÍA

Universidad Católica, Asunción, Paraguay

josemiliogarcia@hotmail.com

Abstract

The COVID-19 pandemic constitutes one of the most important challenges to public health that has arisen in recent decades. Its effects on different societies affected both policies at domestic level and everyday life processes. The scenarios created by the virus strongly influenced the public behavior of government leaders as well as the habits of individuals. This article studies the political and psychological context generated by the COVID-19 pandemic in Paraguay. The socio-political characteristics of the country are described, emphasizing the relationship of the pandemic with the behavior of social leaders and citizens. The approach corresponds to a theoretical analysis, supported by primary and secondary sources of information relevant to the subject studied.

Key words: Paraguay; COVID-19; Pandemic and politics; Pandemic and behavior; Political psychology.

Received: July 17, 2021

Accepted: Nov. 8, 2021

Published: Dec. 10, 2021

La pandemia del Coronavirus, COVID-19 o SARS-CoV-2 representa uno de los eventos de salud pública de mayor complejidad y alcance surgidos en las últimas décadas. Sus efectos pueden considerarse como los más diversificados y extendidos que hayan afectado el estilo de vida moderno en todo el mundo. El impacto del virus sobre la existencia humana y todos los aspectos relacionados con ella, desde la convivencia social cotidiana en general, hasta la educación, la economía, el funcionamiento de las organizaciones sociales, los negocios, la relación de los empleadores y sus trabajadores, las actividades del entretenimiento, entre otros, han forzado la implementación de mecanismos de adaptación que transformaron rápidamente los hábitos y las costumbres de las personas. A su vez, los cambios generaron previsible desajustes comportamentales y tensiones crecientes en un mundo no suficientemente preparado para un rápido y efectivo acomodo a entornos cambiantes. La psicología no ha permanecido impasible al análisis de estas nuevas coyunturas. En el último año y medio, varios artículos académicos analizaron los efectos del COVID-19 sobre la salud mental de los individuos, y muchos propusieron diversas vías para su atención. Sin embargo, los efectos del COVID-19 van más allá que la simple constatación de dificultades de adaptación al entorno que puedan exhibir los individuos. Su marca se extiende a los contextos más amplios de la organización social global y su funcionamiento, así como a las diversas instancias que, dentro de la misma, le corresponden, incluyendo las relaciones entre los diversos sectores que componen la sociedad toda. Uno de esos niveles involucrados muy fuertemente es el de la práctica política, entendida como el intercambio entre las autoridades gubernamentales en los diversos niveles de decisión, así como la acción de otras instancias administrativas, con el conjunto de la sociedad. En muchos lugares, los problemas creados por el COVID-19 han sido la causa para posponer elecciones, suspender o limitar la actividad de muchos gobiernos, congresos y parlamentos, restringir la libertad de expresión y de reunión, consolidar el poder de muchos líderes de corte autoritario y aumentar la exclusión política de las mujeres (Brechenmacher & Hubbard, 2020).

Los primeros casos de COVID-19 fueron registrados en América Latina a pocos meses de su eclosión en la República Popular China, y en muchos casos, sus efectos fueron calificados como causantes de verdaderos estragos (Rodríguez Pinzón & Álvarez García, 2020). Los cambios en las modalidades de relacionamiento, asimismo, resultan indudables. Para Acuña Ortigoza (2021), las diversas transformaciones originadas en la presencia del virus permiten entrever la constitución de un nuevo orden mundial donde el

capitalismo tecno-financiero habrá de consolidarse y las tecnologías de la información y la comunicación marcarán una presencia hegemónica en las relaciones sociales. Indudablemente, en Paraguay los efectos del COVID-19 también han sido considerables y se dejaron sentir con fuerza en todos los ámbitos. En lo que atañe estrictamente al aspecto sanitario, la confirmación del primer caso se produjo el 7 de marzo del 2020 (Mazzoleni Insfrán, 2021), mientras que la primera víctima falleció el 20 de marzo del 2020. Fue el doctor Hugo Díez Pérez, un neurocirujano que contrajo la enfermedad en el centro médico donde realizaba sus consultas profesionales. Unos días antes, y tras la confirmación de los primeros casos, el Gobierno Nacional decretó una cuarentena rigurosa, que fue anunciada el 10 de marzo del 2020 e incluía la suspensión de las clases en las escuelas, colegios y universidades, así como de las actividades que supusieran la aglomeración de personas. Esta etapa fue denominada popularmente como *el encierro*.

En varios aspectos, las medidas fueron más estrictas que las implementadas con posterioridad en los países vecinos. Entre las justificaciones esgrimidas para su adopción, las autoridades aducían, como parte de su discurso público, que las medidas de distanciamiento social constituían un intento estratégico y necesario para evitar o frenar la propagación del virus y los contagios en el país. Además, se buscaba potenciar la infraestructura en el sistema de salud, en un país que presenta falencias muy serias para enfrentar una pandemia de esta naturaleza y que exhibe una baja cobertura para la atención de pacientes en unidades de terapia intensiva. Al momento de culminar la versión final de este artículo, el día 24 de noviembre del 2021, la pandemia ha dejado 462.389 casos confirmados y 16.364 fallecidos (Ministerio de Salud Pública, 2021). Los problemas vinculados al COVID-19 y su relación con el comportamiento han sido objeto de interés para los psicólogos paraguayos, que, de manera individual (García, 2021), o integrando equipos internacionales (Caycho-Rodríguez, et al. 2021a; Caycho-Rodríguez, et al. 2021b; Samaniego, et al. 2020), han dedicado su esfuerzo para una cabal comprensión de este problema.

Debido a la baja inversión estatal en salud y a la insuficiente priorización que se ha dado a este sector en el gasto público, un problema arrastrado desde hace décadas, el sistema de salud dependiente del estado se perfilaba en condiciones bastante deficitarias para asumir los cambios en las contingencias de la atención médica que se insinuaban como claramente amenazantes ante el más que probable avance de la pandemia (Gaete, 2021). Con excepciones minoritarias, la reacción popular fue de un amplio apoyo a las medidas que

se implementaron, al menos durante los primeros meses. Sin embargo, la percepción social fue transformándose paulatinamente hasta llegar a un profundo descrédito de las autoridades, y el aumento de la desconfianza en las acciones y decisiones gubernamentales se volvieron cada vez más fuertes y patentes. ¿Qué elementos pueden dar cuenta de este desplazamiento tan agudo y radical de la población paraguaya en su consideración social hacia el gobierno? En este artículo, nos proponemos dar respuesta a estas preguntas, basados en los siguientes objetivos terminales: 1) Establecer el contexto que enmarca a la política paraguaya en el período inmediatamente previo al inicio de la pandemia del COVID-19; 2) Identificar las causas que explican el escepticismo de la población hacia las instituciones políticas; 3) Analizar los principales eventos que influyeron sobre las actitudes y la percepción social respecto al gobierno y las autoridades ministeriales encargadas del sistema de salud, así como los cambios eventuales que se percibieron en las mismas desde el inicio de la pandemia, y 4) Proponer una explicación psicológica sobre las actitudes de la población hacia las autoridades gubernamentales que se originaron durante la pandemia del COVID-19 en el Paraguay. El artículo es de carácter teórico, con una intención analítica respecto a la situación actual en el país durante la pandemia del COVID-19, y se fundamenta en una revisión de las fuentes bibliográficas disponibles, siempre que las mismas resulten pertinentes al tema discutido. En la primera sección, nos detendremos sobre aspectos del escenario político reciente en Paraguay y su incidencia en el comportamiento colectivo.

EL CONTEXTO INMEDIATAMENTE PREVIO AL INGRESO DEL COVID-19

En términos generales, la sociedad pre-pandémica en el Paraguay no se distingue por una orientación colectiva muy definida que logre proyectarse más allá de la consecución pragmática de los objetivos individuales de sus integrantes o de los grupos políticos, persistiendo una sensación de inseguridad y de falta de sentido que va en continuo aumento. Esos factores, junto a otros elementos que dependen de las circunstancias singulares que afectan a cada individuo, pueden visualizarse como los causantes de variados problemas relacionados con las contingencias personales de la vida y la estabilidad psicológica. Por distintos motivos y a diferentes niveles, la sociedad pre-pandémica era una sociedad que no dejaba muy conforme a ningún habitante. En ella, incluso, se profundizaron las diferencias sociales causadas, entre otras variables, por la falta igualitaria de oportunidades y la mala distribución de la riqueza. En el contexto de esa sociedad inestable, donde entran en discusión muchos valores que se consideran tradicionales y

se posiciona una conciencia de gran relativismo con relación a los mismos, se produjo el repentino acceso y propagación del COVID-19. Indudablemente, el inicio de la pandemia desencadenó condiciones enteramente nuevas, que antes no se habían presentado y resultaban desconocidas en el Paraguay, con la probable excepción, aunque mediando un amplio lapso temporal, de la gripe española que afectó al país a comienzos del siglo XX (Ramírez de Rojas, 2020). Desde luego, la pandemia del COVID-19 agudizó o creó riesgos y desafíos muy propios de la acción del virus respecto a las condiciones sanitarias del país. Pero al mismo tiempo, actuó como un catalizador para profundizar una situación de por sí complicada, que ya se venía desplegando previamente, y que no deja mucho margen para augurar una salida enteramente beneficiosa para la sociedad en su conjunto.

El presidente Mario Abdo Benítez, en representación del Partido Colorado, asumió las riendas del gobierno nacional el 15 de agosto del 2018. Ya desde el tiempo de la campaña electoral, la figura del entonces candidato presidencial fue blanco de ásperos cuestionamientos por miembros de la oposición, movimientos sociales y víctimas de la dictadura, a causa de su relación familiar con Mario Abdo Benítez (padre) (1923-2013), quien ofició como secretario privado del dictador Alfredo Stroessner (1912-2006) durante muchas décadas y demostró siempre una actitud leal y sumisa a su jefe. Como es sabido, Stroessner gobernó el país con puño de hierro entre 1954 y 1989 (Masi, 1989; Riquelme, 1992; Soler, 2014). Gracias a esta ubicación crucial como hombre de confianza del dictador, la familia de Abdo Benítez (padre) disfrutó de un trato privilegiado entre los artífices principales del sistema. Ciertas leyendas urbanas, así como numerosas bromas y versiones populares, se difundieron ampliamente en época de la dictadura sobre el antiguo secretario privado del dictador. La mayoría de ellas hacían una referencia irónica y burlesca a su limitada capacidad intelectual, pese a lo cual, era denominado por el propio sistema como *el padre espiritual de la juventud universitaria*, una obvia paradoja que se asemejaba siempre a una broma grotesca.

Aunque, desde luego, no corresponde endilgar a los hijos por las faltas de sus padres, el presidente Abdo Benítez hizo sus propios méritos en lo que muchos consideran un retorno del conservadurismo al gobierno paraguayo, al reivindicar públicamente, y en más de una ocasión, a la figura del dictador Stroessner. Cerna Villagra & Ibarrola (2020) estiman que la victoria de Abdo Benítez en las elecciones del 2018 confirma la inclinación de las fuerzas políticas en el Paraguay hacia la derecha, así como el predominio de una

línea de fuerte conservadurismo ideológico. En este punto, Cerna Villagra & Solís Delgadillo (2020) caracterizan el perfil político de Abdo Benítez como la expresión de una línea conservadora y derechista con matices de integrismo religioso. Ello tiene su explicación en las frecuentes alusiones del presidente a variados elementos que provienen de la simbología del cristianismo, a sus declaraciones de que no se ocupa de leer los periódicos sino la Sagrada Biblia (expresiones comunes en tiempos de crisis o cuando el presidente se encuentra bajo asedio), o afirmaciones como que es muy importante el perdón entre hermanos. Pese a su estrecha cercanía con el catolicismo, Abdo Benítez cuenta en su gabinete con figuras muy conocidas del ámbito cristiano y evangélico, como el ministro de Obras Públicas y Comunicaciones Arnoldo Wiens, quien actualmente se insinúa como un futuro precandidato presidencial, y el exministro de Educación y Ciencias, Eduardo Petta. Cerna Villagra (2020) señala que Abdo Benítez pertenece al sector más autoritario del Partido Colorado, y lo considera un hombre intransigente con aquéllos que tienen pensamientos distintos al suyo.

Antes del ingreso del COVID-19, el presidente ya había sufrido algunos remezones importantes. A sólo un año de asumir el gobierno, sus índices de popularidad se mostraban muy bajos, lo cual alimentaba razonables dudas sobre sus reales posibilidades de culminar el mandato. La incertidumbre se vio incentivada por algunas malas decisiones tomadas durante su administración, aunque también por los criterios que adoptaba para el nombramiento de sus colaboradores. Estos recibían sus designaciones más por fidelidades políticas, afinidades personales y antiguos compañerismos de juventud que por motivos que guardaran relación estricta con la idoneidad para los cargos. La gestión de algunos ministros, como el de Educación y Ciencias, Eduardo Petta, y del Interior, Juan Ernesto Villamayor, generaron disconformidad en la opinión pública y numerosas críticas. La designación del ingeniero Eduardo Felippo, un empresario sin trayectoria conocida en el ámbito de la investigación científica, al frente del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), el 20 de diciembre del 2019, fue otro elemento que despertó resistencia en sectores del ámbito académico y de investigadores. La inflexibilidad mostrada por el presidente para rever sus cuestionados nombramientos aumentaba la sensación de impotencia y rechazo. A estas dificultades se sumaron otros eventos naturales que ocurrieron en el lapso de pocos meses, como sequías e incendios forestales, y la inestabilidad de la economía regional. Y aunque éstos no fueran atribuibles a la acción del gobierno, enervaban el malestar general, que se expresaba con un amplio rechazo en el contexto de las redes sociales como Facebook.

Pero Abdo Benítez debió enfrentar otras situaciones aún más graves, como las que guardan relación directa con la renegociación del tratado de Itaipú con el Brasil, que debe realizarse en el 2023. La represa hidroeléctrica de Itaipú fue la más grande del mundo hasta el 2011, en que fue superada por la de Tres Gargantas, construida en China. El tratado que dio origen a Itaipú se firmó el 26 de abril de 1973 entre el General Alfredo Stroessner y el presidente brasileño, General Emilio Garrastazu Médici (1905-1985). Aunque la propiedad es compartida por partes iguales entre ambos países, la influencia brasileña sobre los reales intereses paraguayos en la represa ha sido siempre muy determinante. También es uno de los problemas recurrentes con los que se tropieza desde su misma construcción. Itaipú ha sido fuente de numerosas inequidades, como la imposibilidad para el Paraguay de disponer libremente de sus excedentes de energía y la obligatoriedad de venderlos al Brasil a un precio inferior al costo, en lo que constituye un auténtico subsidio directo a la nación vecina. Los funcionarios paraguayos que representan al país en la dirección de la Entidad Binacional Itaipú, así como el personal diplomático de todas las épocas, mostraron de manera habitual unas actitudes más favorables a los intereses del Brasil que a los del Paraguay en el manejo de la represa. Esta circunstancia adversa ha sido objeto de quejas y denuncias, e incluso de estudios académicos muy serios, que casi nunca fueron seriamente atendidos, y poco sirvieron para enmendar la situación.

En agosto del 2019, el gobierno se vio enfrentado a una crisis de grandes proporciones que se originó en la renuncia al cargo del presidente de la Administración Nacional de Electricidad (ANDE), el ingeniero Pedro Ferreira. Este se había negado a firmar un acta negociada en secreto con el Brasil el 24 de mayo de ese año, y cuyos términos resultaban muy lesivos a los intereses nacionales paraguayos. El acuerdo, en el que la ANDE no tuvo participación alguna, aunque sí su contraparte brasileña Electrobras, fijaba un calendario de compra de la energía de Itaipú para los próximos tres años. Pero los puntos negociados representaban un gran perjuicio económico para la ANDE que, de perdurar las condiciones pactadas en sigilo, se habría visto forzada a incrementar sus costos al consumidor paraguayo, aplicando tarifas mayores de lo habitual para la provisión de energía eléctrica (Yasunaga, 2019), aunque beneficiando al consumidor brasileño. El hecho desencadenó un escándalo que salpicó a varias autoridades nacionales de alto rango, entre ellas el ministro de Relaciones Exteriores, Luis Castiglioni, e incluso el vicepresidente de la República, Hugo Velázquez. Pese a las denuncias y a haberse iniciado sendos procesos formales de investigación fiscal, no hubo progresos en las mismas, y menos aún, sanciones a los culpables. Como ha

ocurrido casi siempre con aquellos casos que involucran a referentes políticos importantes, la impunidad sentó su feudo.

El entorno presidencial no ahorró esfuerzos para mantener a Abdo Benítez fuera de la polémica, y transmitir la certeza de que éste desconocía los términos que definieron el acuerdo. La ciudadanía reaccionó con indignación y toda clase de memes jocosos se difundieron en las redes sociales. Los calificativos fueron de lo más duros. El documento fue popularmente denominado como *el acta entreguista* y la conducta del presidente, el vicepresidente y varios funcionarios superiores acabó conceptualizada como *traición a la patria*, un durísimo epíteto que tuvo connotaciones muy profundas en la opinión pública. Por su parte, la oposición en el Congreso inició los trámites para la destitución vía juicio político del presidente, y eventualmente también del vicepresidente. Pese a que Abdo Benítez ha estado amenazado, en más de una ocasión, con la aplicación de este instituto constitucional, nunca se encontró tan cerca de perder su cargo como en aquella eventualidad. Las maniobras con sectores afines y otros grupos que aprovecharon la oportunidad para mejorar su posicionamiento político salvaron al presidente, que a cambio se vio forzado a realizar muchas concesiones. Pero los ciudadanos no quedaron conformes. Se produjeron movilizaciones y protestas en Asunción, Ciudad del Este y otros puntos del país contra la firma del documento, algunas de las cuales culminaron en choques violentos con la policía. Ante la gravedad de la situación, el presidente del Brasil, Jair Bolsonaro, aceptó dejar sin efecto el acta el 31 de julio, como una manera de contribuir a la estabilidad de su aliado político, el presidente Abdo Benítez, y para el alivio de la tensión. En estas tumultuosas condiciones, el escenario nacional estaba listo para un nuevo y complejo desafío a la convivencia de los paraguayos.

EL ARRIBO DEL COVID-19 Y SUS EFECTOS PSICOLÓGICOS

Por todos los motivos expuestos, la sociedad paraguaya es una colectividad que se muestra muy desorientada en sus perspectivas y arrastra grandes conflictos no resueltos, a más de un profundo descreimiento respecto al accionar de sus autoridades. Y es en medio de esta situación que sobreviene el COVID-19. A una sociedad que ya estaba desesperanzada y en crisis, le alcanza la situación pandémica, para la cual nadie estaba preparado y que ocurrió, paralelamente, con un agudo desgaste de sus liderazgos políticos. Pero, sobre todo, coincidió con una ausencia de estrategias convincentes para sobrellevar las dificultades. Todo lo cual condujo a que la población manifieste mucha ansiedad por la presión bajo la cual se encuentra, y en apariencia no sepa fijar alternativas

de salida a sus problemas. El efecto psicológico de la inseguridad y la aguda incerteza respecto a las situaciones que podrían presentarse en el futuro inmediato, principalmente en el campo de la salud, resultó muy apremiante. La impresión que predomina es que las personas se han esforzado en acceder a condiciones de mayor seguridad, que las asista eficientemente no sólo en la realización de sus actividades cotidianas, sino también en la planificación de posibles acciones sociales futuras, de una manera semejante a cuanto imperó como norma durante décadas bajo la hegemonía estricta de la dictadura. En ella, la vida de las personas parecía más ordenada y previsible, obviamente por el conculcamiento de sus libertades. Pero es así como se representa aquel tiempo en el imaginario de muchas personas, sin que ello implique una reivindicación del autoritarismo, sino una crítica al insatisfactorio estado actual. De hecho, el pensamiento de los paraguayos se ha modelado con el contexto de fondo de ese estilo característico de mentalidad domesticada.

En los comienzos de la pandemia y durante los meses iniciales, resultaba muy patente cómo las personas se hallaban pendientes de las recomendaciones para precaverse ante los aspectos enigmáticos que generaba la nueva y desconocida situación que planteaba el COVID-19. El gobierno dispuso medidas sanitarias que establecían restricciones en la movilidad y en las modalidades de trabajo, así como la observancia de horarios específicos para la libre circulación. Se incentivó el trabajo desde el hogar, siempre que ello fuese posible, y se dispuso la suspensión de las clases presenciales en las escuelas, colegios y universidades. Todo ello iba acompañado por la prescripción de las mismas medidas estándares que se implementaron en todo el mundo para afrontar la expansión del virus, como el lavado frecuente de manos, el uso de los barbijos o tapabocas y la aplicación del alcohol en gel para desinfectar las manos. A diferencia de otras naciones, la decisión gubernamental de cerrar la mayor parte de las actividades se produjo de forma casi inmediata con la aparición de los primeros casos. Se admitieron muy pocas excepciones, que fueron justificadas solamente por la necesidad de mantener la operatividad y el funcionamiento mínimo de las instituciones, así como facilitar el aprovisionamiento en las compras de consumo diario, para lo cual se autorizó la actividad normal en los supermercados y de los servicios que proveen las farmacias, así como la atención médica en general, el transporte público, la actividad de infraestructura de construcciones y las actividades del cuerpo diplomático y consular, aunque reducidas a un nivel mínimo en comparación con el período previo a la pandemia.

En el Paraguay, la atención integral a la salud y la provisión de equipamiento e infraestructura edilicia, así como el entrenamiento y contratación de personal médico y paramédico en los servicios asistenciales manejados por el Estado, ha constituido una falencia arrastrada por décadas. En los hospitales del interior del país, y en muchos de Asunción inclusive, resulta común la falta de medicamentos y fármacos básicos, de médicos y enfermeras en cantidad suficiente para cubrir todas las necesidades de los pacientes, de camas para la internación, de ambulancias y otros insumos. El propio gobierno reconocía, al inicio de la pandemia, las grandes insuficiencias que aquejaban al sistema público de salud y la reducida disponibilidad de camas de terapia intensiva para la atención de los enfermos graves. Ante ese cuadro, quedaba muy claro el complicado panorama que se avecinaría en el caso muy probable de una irrupción fuerte del COVID-19. Esta fue, en parte, la justificación esgrimida para la adopción de las medidas de restricción y distanciamiento social (inicialmente calificadas como “aislamiento social”). El gobierno aseguraba que, en el lapso de unos pocos meses, mientras los habitantes reducían considerablemente su actividad laboral y circulación y permanecía en sus casas, en especial aquéllos individuos con más de 60 años de edad a los que se estimaba entre los de mayor vulnerabilidad, procederían a equipar lo más adecuadamente posible la estructura mínima necesaria para la atención en los hospitales públicos. Pese a iniciar el encierro con muy pocos casos confirmados, se estimaba que, al producirse una expansión mayor durante las siguientes semanas, la capacidad de respuesta del sistema habría mejorado ostensiblemente.

El gobierno de Abdo Benítez, que aún sufría los embates de los conflictos surgidos en el 2019, obtuvo el importante logro, desde el punto de vista oficialista, de obtener el aval del Congreso Nacional para un préstamo de 1.600 millones de dólares, de los cuales, 500 millones provenían de préstamos otorgados por diferentes organismos internacionales y 1.000 millones de la colocación de bonos soberanos del Tesoro Nacional. La Ley de Emergencia, que estableció el marco jurídico autorizando el endeudamiento, fue aprobada el 26 de marzo del 2020. Los fondos debían ser utilizados para la lucha contra el COVID-19. Pese a la fuerte desconfianza que prevalecía en la oposición e incluso en sectores internos del Partido Colorado que se mantienen confrontados al gobierno, y sin que se redujesen los temores respecto al uso discrecional que pudiera hacerse del dinero, el aval, que muchos calificaron como “un cheque en blanco”, fue otorgado finalmente al gobierno de Abdo Benítez. Posiblemente, el temor a la acción del COVID-19 fue más fuerte que la desconfianza predominante hacia el presidente.

En aquel momento, comenzaba a surgir con fuerza la figura del Ministro de Salud Pública, Dr. Julio Mazzoleni Insfrán, un traumatólogo y antiguo compañero de colegio y amigo personal de Abdo Benítez. En todo el lapso temporal que duró la pandemia y hasta su dimisión final del cargo el 5 de marzo del 2021, Mazzoleni concentró mucho de la confianza y las esperanzas de la población, que aspiraba a un manejo honesto, eficiente y patriótico de la crisis, además de constituir el funcionario gubernamental con mayor aceptación popular. La confianza del presidente hacia su ministro también resultaba evidente. Las decisiones acerca de las medidas a ser implementadas para socavar la expansión del virus pasaban fuertemente por la opinión que pudiera dar Mazzoleni, a la que se supeditaban casi todos los demás miembros del gabinete, incluyendo al poderoso ministro de Hacienda, Benigno López, un medio hermano materno del presidente Abdo Benítez. Mazzoleni encarnó muy atinadamente el tipo de seguridad que la población necesitaba y a la que antes hemos aludido. Él no provenía del mundo habitual de la política y era visto como un profesional competente, e incluso como un académico, que parecía demostrar un dominio muy amplio de cuanto era necesario para combatir la pandemia. Junto al ministro, también fue muy descollante la figura del Dr. Guillermo Sequera, un joven médico con estudios de posgrado en el exterior que ofició, hasta fecha muy reciente, como encargado de la Dirección de Vigilancia de la Salud en el ministerio respectivo.

Mazzoleni era un hombre de trato muy afable y cordial, siempre dispuesto a dar toda clase de explicaciones, dueño de un hablar pausado y preciso, de buena y ajustada expresión verbal, que transmitía la impresión de un conocimiento muy sólido y fundado en todos los aspectos relevantes que concernían al ámbito médico. Incluso su aspecto físico, delgado y siempre impecablemente vestido, infundían credibilidad. Su presencia se hizo muy habitual en los medios de comunicación y en particular en la televisión, donde casi a diario era objeto de entrevistas que buscaban responder al interés del público por la evolución de la pandemia. La adhesión popular al ministro fue tal que, en determinados momentos, circularon memes en las redes sociales postulando a un “Mazzoleni presidente”, y que surgían como una expresión espontánea. Incluso, algunos aspectos como su acentuada calvicie impusieron, por un corto tiempo, una suerte de moda en los hombres de su edad que se denominó “el estilo Mazzoleni”. Sin dudas, él sintetizó toda la guía y la orientación que precisaba la opinión pública y por eso le concedió su pleno apoyo. Mazzoleni era percibido con ese tipo de liderazgo que los paraguayos aprecian y necesitan, alguien lúcido y con ideas equilibradas que decía qué se debía hacer y hacia dónde ir. Igualmente, se le conceptuaba

como alguien muy honesto. Nunca ocultó ni trató de disfrazar el estado deficitario en que se encontraba el sistema público de salud:

La clave de cualquier intervención con medianas posibilidades de éxito parte de una premisa insoslayable: la honestidad en el análisis. La dura y brutal verdad es que teníamos un sistema de salud frágil, desgastado por la epidemia de dengue, con esfuerzos incipientes de reforma y cambio de modelo de gestión y paradigmas sin impacto aún. Si bien resultaba claro que la lucha debía darse en la comunidad con todas las medidas de mitigación (Mazzoleni Insfrán, 2021, pp. 1).

Si se hubieran realizado comicios nacionales en aquél momento y Mazzoleni fuese el candidato, es muy probable que hubiera ganado por un amplio margen. Pero estas condiciones favorables no perduraron mucho tiempo. El ministro parece no haber tenido la energía o la convicción de enfrentar y superar ciertas prácticas deshonestas que surgieron en su entorno inmediato en el Ministerio de Salud. Allí se hallan empotrados desde hace mucho tiempo algunos individuos y grupos que permanecen en las sombras, pero ejercen sus influencias al momento de las contrataciones por vía de las licitaciones públicas para las compras que realiza el Estado al sector privado. Ejerciendo presiones que tienen la fuerza de inclinar los resultados a su favor, consiguen descalificar a los oferentes que no cuentan con padrinzagos efectivos y benefician siempre a entornos privilegiados que, indudablemente, se hallan asociados al poder. Pronto comenzaron a surgir evidencias sobre licitaciones amañadas, sobrefacturaciones escandalosas e incluso, el envío por parte de intermediarios chinos de costosas camas para terapia intensiva que no reunían las especificaciones requeridas y debieron ser rechazadas. Hechos venales surgieron igualmente en otras reparticiones públicas, con la diferencia de que en éstas no existían figuras ni liderazgos rutilantes como el del ministro de salud.

La credibilidad de Mazzoleni, que tras los escándalos invirtió mucho de su tiempo intentando dar explicaciones, sin perder nunca su serenidad habitual, sufrió un vertiginoso desgaste. El rechazo y la condena de los paraguayos fue tan rápido y contundente como su encumbramiento previo. En poco tiempo, la figura del ministro pasó de héroe a villano. Ciertamente, no hay evidencia fehaciente de que él participara personalmente de los hechos de corrupción. Pero su tibieza o renuencia para castigar a los responsables, decepcionaron ampliamente y fueron el comienzo de su ruina. Los últimos

meses de su gestión los pasó en medio de turbulencias. El desplome de Mazzoleni tuvo un efecto casi devastador en la conciencia de los paraguayos, quienes, habitualmente desconfiados hacia los líderes políticos, descubrieron a ese ciudadano que finalmente había logrado conquistar su confianza, empantanado en una situación que le llevó a dilapidar ese tesoro tan preciado y, en realidad, terminó siendo más de lo mismo.

LOS EFECTOS DE LA DISONANCIA COGNOSCITIVA

Entre las muchas variables psicológicas relevantes con relación a la pandemia y sus efectos sobre el comportamiento se encuentran las respuestas que dan los individuos ante los riesgos de contagio. Este se ha convertido en uno de los problemas principales para la prevención y la lucha contra el COVID-19, y la subsecuente contención de sus efectos. Las actitudes y cogniciones de las personas representan una clave fundamental respecto a la observancia que deben realizar de los hábitos y conductas preventivas. Más allá de que existan vacunas en cantidad suficiente o que el proceso de vacunación masiva continúe, una de las estrategias para evitar los contratiempos de la enfermedad continúa siendo el de la prevención, que se logra mediante la adopción de hábitos seguros, que se traducen en medidas tan simples como el lavado de las manos y el uso del tapabocas o barbijo. Sin embargo, resulta sorprendente el modo y la frecuencia con que se violan estas recomendaciones, lo cual se observó incluso en las etapas más críticas de la pandemia, cuando se constataba un rápido aumento de los casos y los fallecimientos, que pasaron de cien víctimas diarias, entre junio y julio del 2021. En esos momentos seguía verificándose la organización de fiestas clandestinas y la práctica de deportes no permitidos, así como las reuniones masivas donde se registraba mucha aglomeración. En tales circunstancias, quienes acudían a esas reuniones sociales no sólo violentaban las normas de salubridad, sino que también ponían en juego su propia integridad personal, incluso arriesgando sus vidas.

¿Qué factores pueden explicar este comportamiento en apariencia tan errático y autodestructivo? Indudablemente, existe toda una serie de factores que influyen, y uno de ellos es el descreimiento hacia las figuras de autoridad que preconizaban este tipo de medidas y en todo momento intentaron, en uso en sus funciones institucionales, instruir sobre lo que debería ser la recta conducta a aplicar en el proceso de prevención. En este sentido, la persona del ministro de salud llamó la atención en su momento por representar a un referente científico muy congruente que definía pautas y confería

seguridad y autoridad. Sin embargo, la perspectiva colectiva sobre su figura acabó contaminándose por causa de una serie de factores que se produjeron de manera paralela, sobre todo los hechos de corrupción ya descritos, que constituyeron la causa principal para que el prestigio de Mazzoleni, y a la larga de todo el gobierno, se viera paulatinamente desgastado y desacreditado.

La decepción creciente es la principal justificación para que muchos adoptaran posturas contrapuestas a lo que planteaban las autoridades, en una reacción individual y colectiva contra ellas. Esta renuencia consistía en asumir comportamientos y actitudes divergentes a lo que el gobierno recomendaba, pero además convertía esas conductas en un castigo simbólico a esas mismas autoridades que no se habían mostrado a la altura de la situación, pues durante la pandemia, cuando todos los ciudadanos se hallaban encerrados y protegidos en sus casas, ellos habían emprendido negociados poco éticos. Era una respuesta desconcertante y muy interesante de considerar, además de necesaria de explicación. El que las personas comenzaran a emprender todo lo contrario a lo esperado, aun cuando probablemente sabían o conocían que esas conductas eran precisamente lo opuesto a las recomendaciones recibidas y al interés de preservar la salud, no pasaba por una ausencia o mala interpretación de la información. Era un acto de rebeldía. Por lo tanto, si el gobierno pedía a los habitantes que se usara el tapabocas o barbijo, entonces se hacía lo contrario; si se sugería evitar las aglomeraciones o que no se practicara algún deporte para limitar la expansión del contagio, era eso precisamente lo que se hacía, porque constituía lo opuesto a lo que, en la comprensión de esos individuos, representaba el interés esencial del gobierno.

Estos comportamientos pueden ser entendidos a la luz de los principios sustentados por la teoría de la disonancia cognoscitiva, ideada por el psicólogo estadounidense Leon Festinger en 1957 (Festinger, 1975). En Paraguay, el enfoque fue utilizado para explicar las actitudes ante la destitución vía juicio político en 2012 del presidente Fernando Lugo (García, 2012) y, en fecha más reciente, como una de las aproximaciones teóricas, junto al condicionamiento operante de B. F. Skinner, el aprendizaje social de Albert Bandura y la psicología evolucionista, que sirven para explicar la renuencia de algunas personas a la adopción de conductas protectivas ante el COVID-19 (García, 2021). La teoría establece que las personas tratan de mantenerse dentro de un estado de *consonancia* entre sus creencias y opiniones con relación a los pensamientos, creencias, o ideologías que sustentan otros, o lo que se afirma en referencia a los hechos del mundo social. Los individuos

buscan permanecer en una cómoda armonía en lo que concierne a sus cogniciones sobre sí mismos y los eventos con los que se confrontan en la realidad circundante. Tienden a concebirse a sí mismos en términos positivos como personas razonables y coherentes, provistas de pensamientos adecuados y una visión crítica, y apegados a la racionalidad impuesta por las diferentes situaciones, especialmente a la hora de tomar decisiones respecto al curso que deben seguir sus acciones. Si una persona se considera racional o razonable, entonces se asume que tendrá pensamientos congruentes con los acontecimientos que se identifican a su alrededor, o con lo que se dice en alusión a los mismos.

Las personas caen en un estado conocido como *disonancia* cuando sus creencias entran en un conflicto frontal con la realidad externa, o si las evidencias tienden a invalidar o descalificar los propios pensamientos. La situación de disonancia produce mucha incomodidad subjetiva y un impulso a salir rápidamente de ella. Para superarla y volver a un estado internamente satisfactorio, el individuo distorsiona o resta validez a las afirmaciones que son contrarias a sus creencias, o las acomoda para que no desentonen con ellas. Igualmente, se busca una autojustificación para explicar el comportamiento de una manera plausible. La persona actúa modificando las ideas o afirmaciones discordantes con la suya para mantener el equilibrio interno entre sus creencias y los hechos contrarios que aparecen como disconfmatorios. Esta es la razón por la que Aronson (1981) sugirió que los seres humanos somos *racionalizadores*, más que *racionales*. El ejemplo clásico es el del fumador que esgrime argumentos de autojustificación para racionalizar su comportamiento y superar la disonancia, adecuando la interpretación cognitiva sobre su conducta, aun cuando exista evidencia de que ésta resulta perniciosa para su salud.

La necesidad de salvar la incoherencia pudo observarse en muchos comportamientos que afloraron durante la pandemia. Por ejemplo, en aquellos individuos que acudían a las fiestas clandestinas, salían a practicar deportes o a disfrutar de diversos entretenimientos y expresaban cosas como: “¡No! Lo que se dice que está pasando no es cierto, esto de que hay COVID-19 es un invento del gobierno” o “es una estrategia para robarnos más dinero, no hay COVID-19”. Amparados en tales pensamientos, esas personas podían salir tranquilas, sin llevar la protección adecuada, porque todo se presumía una invención fraudulenta. De manera que, si alguien era consultado sobre sus motivos, por ejemplo, diciendo “¿por qué vas a una fiesta clandestina si sabes que hay COVID-19?”, podía mantener a resguardo

su estabilidad cognitiva interna, arguyendo simplemente: “¡No! Yo salgo porque todo eso es una artimaña, un embuste”. Entonces, cada quien podía salir a bailar o practicar deportes si, al mismo tiempo, lograba convencerse de que hay un gobierno corrupto que está mintiendo y fabrica una historia para que los ciudadanos no dejen sus casas y ellos puedan robar más tranquila e impunemente.

En estas circunstancias, se hallaban dadas las condiciones para el surgimiento de un tipo de construcción psicológica compleja que sostuvo el peso de este proceso cognitivo y justificó las acciones de los individuos con pensamientos disonantes. Por ello, más allá que enseñar a no salir sin el tapabocas o a lavarse las manos con frecuencia, hubiera resultado más eficaz el contrarrestar las actitudes subyacentes que apoyaban los comportamientos discordantes. En cierto modo, esta necesidad constituía una real paradoja, pues el gobierno tampoco podía permitirse una manifestación en este sentido, que hubiera supuesto neutralizar la propia imagen negativa que éste proyectaba ante el grueso de la población. Los funcionarios o el presidente mismo tendrían que haber expresado algo semejante a: “Mira, es cierto que soy corrupto, es cierto que yo robo, pero en este momento te estoy diciendo la verdad, cuando hablo de que hay que cuidarse y ser precavido con estos asuntos relacionados a la pandemia, y que el virus es peligroso y de verdad mata, te estoy diciendo la verdad”. Como consecuencia directa del escepticismo hacia las autoridades, se desató un fuerte negacionismo, que, si bien existió en otras partes, en el Paraguay debe visualizarse como una consecuencia directa de las dudas que el propio gobierno sembró con sus acciones. Este negacionismo constituyó una base muy consistente para el sostenimiento de otras conductas, que asimismo eran inadecuadas, y que un grupo numeroso de personas manifestaba casi en idénticos términos, como una inequívoca expresión de su enojo y rebeldía.

CONCLUSIÓN

La pandemia del COVID-19 dejó muchas lecciones importantes. En su veloz propagación, desencadenó cambios y efectos impensados y de gran alcance en todos los rincones del mundo y los desafíos que se manifestaron en los ámbitos de la vida social resultaron muy amplios. Aunque la esfera de impacto primario fue la salud, el COVID-19 obligó a un replanteamiento continuo y aún no concluido de las condiciones imprescindibles para la atención en los sistemas de salud pública, de la seguridad del personal médico y paramédico, de las normativas de prevención que debe observar

la población, de las estrategias comunicacionales más efectivas, y otros aspectos sensibles. La pandemia también obligó a una evolución constante en lo que atañe a la producción del conocimiento y la investigación especializada. Algunos supuestos aceptados ampliamente al inicio, cuando los efectos sobre la salud apenas empezaban a ser comprendidos, debieron ser corregidos y afinados. El COVID-19 produjo grandes oleadas de contagios y víctimas mortales a una escala pocas veces vista en la historia humana. Esto ocasionó el desgarramiento interno de numerosas familias y mucho dolor y frustración. Obligó al cambio en los planes de vida y en las pautas de relacionamiento humano, así como en diversas actividades cotidianas en el más amplio espectro, alterando de manera muy determinante los hábitos y las costumbres. Igualmente, el COVID-19 irrumpió con fuerza en las relaciones intragrupalas y en las costumbres de los núcleos sociales primarios, así como en el ámbito del trabajo, la producción de bienes y servicios, la educación, la economía, el entretenimiento, la práctica de los deportes, y otros espacios relacionados. Asimismo, produjo efectos muy sensibles y diferenciados en el comportamiento humano.

Pero los embates del COVID-19 también se sintieron a nivel del tejido social y de las relaciones internas en las diversas colectividades, tanto de los grupos como de las instituciones. Esta es una dimensión muy relevante del problema, aunque menos atendida y estudiada. Los percances del COVID-19 no pueden disociarse de otros aspectos fundamentales que entran en juego en tanto componentes de las interacciones sociales. En América Latina, la expansión de la enfermedad dibujó variados escenarios que se muestran muy ligados a factores culturales y a situaciones de orden histórico, educativo y político, muchos de los cuales ya se hallaban presentes antes del inicio de la pandemia. En el caso paraguayo, es posible distinguir las siguientes variables de importancia que intervinieron en las respuestas colectivas al COVID-19: a) el ingreso del virus tuvo como marco de fondo a una sociedad cimentada sobre los moldes establecidos por una larga sucesión de gobiernos autoritarios que ocuparon la mayor parte de la historia independiente del país y condicionaron el surgimiento de numerosos aspectos típicos en el comportamiento social de los ciudadanos, como la sumisión a las figuras de autoridad, la dependencia y la falta de pensamiento crítico, b) los gobiernos que ejercieron su administración política en el período posterior a la dictadura de Alfredo Stroessner, aunque generalmente respetuosos de las libertades civiles, representaron una continuidad que se reconoce claramente en determinados aspectos, como el de la prevalencia de la corrupción en la gestión del poder político y de los bienes del estado, lo mismo que en la

impunidad, que es su inevitable consecuencia; c) el desempeño institucional del gobierno actual ha mostrado una similar tendencia en los aspectos concernientes a la corrupción y la impunidad; d) el comportamiento de los gobernantes ha originado actitudes de extrema desconfianza y descreimiento hacia las autoridades, que se hallan muy arraigadas en la población y parecen difíciles de superar; e) a pesar de esta situación, durante la pandemia del COVID-19 emergieron figuras que concitaron un elevado grado de confianza y apoyo de la población en general, aunque al descubrirse posteriormente su involucramiento o tolerancia con la comisión de hechos ilegales y contrarios al interés público, vieron socavado su prestigio con inusitada rapidez; f) una parte significativa de la población ha respondido a esta pérdida de confianza en sus autoridades con actitudes de corte negacionista que profundizaron los efectos nocivos del virus.

Podemos agregar, junto a las conclusiones esbozadas, que esta investigación demuestra la importancia de estudiar los procesos colectivos desde la óptica que corresponde a las ciencias del comportamiento. Así, aunque la psicología política en el Paraguay muestra un perfil discontinuo y esporádico, sumado a una producción bibliográfica todavía escasa (García, 2013a, 2013b), es indudable que el análisis de eventos como los discutidos en este artículo, y la consideración cuidadosa de los múltiples niveles a partir de los cuales puede estudiarse la conducta cotidiana de las personas, evidencian la pertinencia de su enfoque y la urgencia de multiplicar sus aportes.

REFERENCIAS

- Acuña Ortigoza, M. (2021). América Latina. Entre la nueva realidad y las viejas desigualdades. *Telos: Revista de Estudios Interdisciplinarios en Ciencias Sociales*, 23 (1), 129-140.
- Aronson, E. (1981). *El animal social. Introducción a la Psicología Social*. Madrid: Alianza.
- Brechenmacher, S. & Hubbard, C. (2020). *Cómo el coronavirus ha exacerbado la exclusión política de las mujeres*. Washington DC: Carnegie Endowment for International Peace/National Democratic Institute.
- Caycho-Rodríguez, T.; Tomás, J. M.; Vilca, L. W.; Carbajal-León, C.; Cervigni, M.; Gallegos, M.; Martino, P.; Barés, I.; Calandra, M.; Anacona, C. A. R.; López-Calle, C.; Moreta-Herrera, R.; Chacón-Andrade, E. R.; Lobos-Rivera, M. E.; del Carpio, P.; Quintero, Y.; Robles, E.; Panza Lombardo, M.; Gamarra Recalde, O.; Buschiazzi Figares, A. B.; White, M. & Burgos Videla, C. (2021a). Socio-Demographic variables, fear of COVID-19, anxiety, and depression: Prevalence, relationships

and explanatory model in the general population of seven Latin American countries. *Frontiers in Psychology*, 12:695989. doi: 10.3389/fpsyg.2021.695989

- Caycho-Rodríguez, T.; Vilca L. W.; Valencia, P. D.; Carbajal-León, C.; Vivanco-Vidal, A.; Saroli-Araníbar, D.; Reyes-Bossio, M.; White, M.; Rojas-Jara, C.; Polanco-Carrasco, R.; Gallegos, M.; Cervigni, M.; Martino, P.; Palacios, D. A.; Moreta-Herrera, R.; Samaniego-Pinho, A.; Lobos-Rivera, M. E.; Ferrari, I. F.; Flores-Mendoza, C.; Figares, A. B.; Puerta-Cortés, D. X.; Corrales-Reyes, I. E.; Calderón, R.; Tapia, B. P. & Gallegos, W. L. A. (2021b). Cross-cultural validation of a new version in Spanish of four items of the preventive COVID-19 Infection Behaviors Scale (PCIBS) in twelve Latin American countries. *Frontiers in Psychology*, 12:763993. doi: 10.3389/fpsyg.2021.763993.
- Cerna Villagra, S. P. (2020). El conservadurismo paraguayo: Un análisis del gobierno de Mario Abdo Benítez. En A. Chaguaceda & L. Duno-Gottbergel (Eds.), *La derecha como autoritarismo en el siglo XXI* (pp. 218-230). Buenos Aires: CADAL.
- Cerna Villagra, S. P. & Ibarrola, R. M. (2020). Paraguay: El arraigo político y económico de la derecha. *Reflexión política*, 22 (45), 118-131.
- Cerna Villagra, S. P. & Solís Delgadillo, J. M. (2020). Paraguay: realineamiento electoral y profundización conservadora tras el proceso electoral de 2018 (pp. 429-462). En Alcántara Sáez, M. (Dir.), *América Latina Vota (2017-2019)*. Madrid: Tecnos.
- Festinger, L. (1975). *Teoría de la disonancia cognoscitiva*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Gaete, R. (2021). Financiamiento y sostenibilidad del fortalecimiento de la capacidad de respuesta del sistema de salud paraguayo para hacer frente al COVID-19. *Divulgación Académica*, 2 (1), 97-110. Recuperado de: <https://revistascientificas.una.py/index.php/rfenob/>
- García, J. E. (2012). El juicio político a Fernando Lugo y el poder explicativo de la Disonancia Cognoscitiva. *Cuadernos Pedagógicos*, Noviembre 2012, 11-19.
- García, J. E. (2013a). Historia y perspectivas de la psicología política en el Paraguay. *Les Cahiers de Psychologie Politique*, 23, Enero del 2013. Recuperado de: <http://lodel.irevues.inist.fr/cahierspsychologiepolitique/index/php?ld2347>
- García, J. E. (2013b). El proyecto de una psicología política en el Paraguay o el equilibrio entre historia, cultura y comportamiento. *Les Cahiers de Psychologie Politique*, 23, Julio de 2013. Recuperado de: <http://lodel.irevues.inist.fr/cahierspsychologiepolitique/index/php?ld2530>

- García, J. E. (2021). El condicionamiento operante de Skinner, la disonancia cognoscitiva de Festinger y la psicología evolucionista como herramientas conceptuales para la comprensión de las conductas protectivas ante la pandemia del COVID-19. Manuscrito sometido a publicación.
- Masi, F. (1989). *Stroessner. La extinción de un modelo político en Paraguay*. Asunción: Nandutí Vive/Intercontinental.
- Mazzoleni Insfrán J. (2021). Salud pública en tiempos de COVID-19 en Paraguay, marzo 2020/2021. *Revista de Salud Pública del Paraguay*, 11 (1), 1-7.
- Ministerio de Salud Pública (2021). Coronavirus/COVID-19 19 en Paraguay. Actualizado al 09/09/2021. Recuperado de: <https://www.mspps.gov.py/reporte-COVID-1919.html>
- Ramírez de Rojas, M. E. (2020). *La gripe española y otros tipos de virus de influenza en el Paraguay*. Asunción: Ministerio de Salud Pública y Bienestar Social.
- Riquelme, M. A. (1992). *Stronismo, golpe militar y apertura tutelada*. Asunción: CDE/RP Ediciones.
- Rodríguez Pinzón, E. & Álvarez García, A. (2020). América Latina ante la COVID-19, impacto político y económico de una pandemia. *Pensamiento propio*, 25(52), 45-82.
- Samaniego, A.; Urzúa, A.; Buenahora, M. & Vera-Villarroel, P. (2020). Sintomatología asociada a trastornos de salud mental en trabajadores sanitarios en Paraguay: Efecto COVID-19. *Revista Interamericana de Psicología*, 54 (1), e1298. Recuperado de: <https://journal.sipsych.org/index.php/IJP/article/view/1298/1013>
- Soler, L. (2014). Una vez más, cómo pensar el stronismo. Una agenda de inconformidades. En R. Carbone & L. Soler (Eds.), *Stronismo asediado: 2014-1954. Orden político/ sexualidades/ cuestión obrera/ ritualidades* (pp. 15-39). Asunción: Germinal-Arandurá.
- Yasunaga, M. (2019). Itaipú: crisis política y camino a la renegociación. *bie3: Boletín del Instituto Español de Estudios Estratégicos*, 16, 423-439.